

»ligion ni con intento de aprobar aquella doctrina, sino solamente para mostrar la obediencia exterior á la Reina, y que con esto los librarian luego de las cárceles; á lo cual ellos respondieron que no podían hacerlo con seguridad de sus conciencias.

»Un muchacho de diez años (á lo que entiendo), engañado por los suyos para ir delante de la novia el mismo día de las bodas (como se acostumbra) á la iglesia, y siendo reprendido de los de su edad, que le decían que por aquello había caído en el cisma, comenzó á llorar, sin admitir ninguna consolación, hasta que después de pocos días me halló á mí, y corriendo y echándose á mis pies, con grande abundancia de lágrimas me pidió que le oyese la confesión de aquel pecado, prometiendo que antes se dejaría atormentar con cualquier linaje de tormentos, que consentir otra vez en tan grande pecado. Dejo de contar otras infinitas cosas semejantes.

»Nuestro estado aquí es de manera, que aunque se prohíbe á todos nuestra conversacion con edictos públicos, con todo, donde quiera nos desean con grandísima afición, y por donde quiera que vamos nos reciben con grande alegría. Muchos hacen largos caminos solamente por poderlos hablar, y ponen á sí y á todas sus cosas en nuestras manos, y donde quiera nos dan con abundancia lo que habemos menester, y nos ruegan con ello. Los sacerdotes concuerdan con nosotros, ó por mejor decir, nos obedecen en todo con mucho amor; finalmente, es tan grande la opinión de nuestra Compañía acerca de todos, que nos pone en cuidado cómo habemos de corresponder á ella, especialmente estando tan lejos de aquella perfección que ellos piensan que hay en nosotros; y así, tenemos tanto mayor necesidad que otros de las oraciones de todos vuestras reverencias. Al padre Schervino prendieron cuatro días há acaso, que yendo en busca de otro, cayeron en él; hizo una señalada prueba y confesión de su fe delante del falso obispo de Londres, y está ahora cargado de prisiones; pero, como me escribe, lo sufre con gran gozo, y cuando se ve por Cristo aprisionado, no puede tener la risa. Da gran tormento á nuestros contrarios el ver que no pueden con ningún género de crueldad apartar de su propósito ni á un solo católico, ni á un niño; porque, habiendo el falso obispo de Londres preguntado á una doncella noble acerca del sumo Pontífice, y habiendo ella respondido constantemente y haciendo burla dél, públicamente la mandó llevar aquel hombre bárbaro y bestial al lugar público de las malas mujeres. Pero ella por el camino iba avisando á todos con voz alta que la enviaban á tan torpe lugar, no por deshonestidad suya, sino por causa de la fe católica y de su conciencia.

»Aquí se espera que brevemente y públicamente den la muerte á dos sacerdotes, cuyos nombres son Lotemio y Chritomio, el último de los cuales, llevándole dos días há cargado de cadenas de hierro

»por las plazas para examinarlo, iba con tan alegre semblante, que el pueblo se maravillaba, y echando él de ver en ello, comenzó á reírse muy alegremente, y maravillándose más el pueblo, le decía cómo solo él se alegraba en caso tan miserable, teniéndole todos los otros hombres tan grande lástima y compasión. Respondió él que porque había de recibir más provecho de aquel suceso; y ¿maravillaisos (dice) que el hombre se huelgue con su interés y ganancia?

»Al principio desta persecución hubo algunos en una provincia deste reino, que, atemorizados, se rindieron á la importunidad de los comisarios de la Reina, y prometieron que de ahí adelante irían á las iglesias de los protestantes; cuyas mujeres, habiéndolo entendido, les hicieron resistencia, amenazando que se apartarian dellos y que no harían vida con ellos si por humanos respetos ellos se apartaban de la obediencia de Dios y de su Iglesia. Muchos hijos también se apartaban por lo mismo de los padres.

»Desde muy de mañana hasta gran parte de la noche, habiendo satisfecho á los divinos oficios, y predicado algunos días dos veces, trabajo en una infinidad de negocios; pero los principales son respuestas á casos de conciencia que se ofrecen, dar orden á los otros sacerdotes, encaminándolos á los lugares y ocupaciones que son más á propósito; reconciliar cismáticos á la Iglesia, escribir cartas á los que á las veces son tentados en esta persecución, procurar ayudas temporales para sustentar á los que pasan necesidad en la cárcel; porque cada día me envía cada uno á representar las suyas brevemente. Son tantos estos negocios, que si no viese claramente que lo que hacemos es grande gloria de Dios, fácilmente desmayaría con tales fatigas; pero no debe desmayar nadie en cosas semejantes, porque me persuado muy ciertamente que (si mis pecados no lo impiden) ha de favorecer nuestro Señor, como siempre, nuestros intentos. Y no hay trabajo, de cuerpo ó de alma, tan grande, cuanto es la consolación que recibimos de ver la increíble alegría destes hombres por nuestra venida á estas tierras. Pido á vuestras reverencias rueguen á nuestro Señor por nosotros, y procuren las oraciones de los suyos, para que podamos en alguna manera satisfacer á lo que somos obligados y á la grande expectación que de nosotros se tiene.»

Y para que mejor se entienda el fruto que estos padres y los otros sacerdotes, sus compañeros, hacían con sus ministerios, quiero poner aquí también otro pedazo de una carta de uno destes mismos sacerdotes, que había labrado con sus trabajos aquella viña por espacio de un año; la cual escribió al rector del seminario inglés de Roma, que dice así:

«Nuestro negocio y nuestra mercadería va bien y tiene buen despacho; porque, dado caso que hay muchos que la desprecian, y más que la contradicen, no faltan otros muchos que la compran, y muchos más que se admiran della. No se habla en

»Inglaterra sino de los padres de la Compañía de Jesús, que aquí llaman jesuitas, de los cuales fingen más fábulas y patrañas que los poetas antiguos de los monstruos. Del origen del instituto, de la manera de vida, de las costumbres y doctrina destes hombres, de sus acciones, fines é intentos, se dicen tantas cosas y tan contrarias entre sí, que parecen más sueños y quimeras que razones. Y esto, no solamente se trata en las pláticas y razonamientos particulares, sino en los sermones se predica, y con libros impresos se publica y se derrama por todo el reino. La suma de todo lo que se dice viene á parar en que ellos y los otros sacerdotes que han venido con ellos, han sido enviados del Papa, como espías del reino, y traidores y destruidores de toda la república. Algunos ministros de Calvino han escrito contra Campiano y contra toda la orden de los jesuitas, y particularmente contra la vida del padre Ignacio de Loyola, su fundador; mas no se fueron alabando, porque dentro de diez días se les respondió de tal manera, que quedaron muy avergonzados y corridos. Imprimense muchos libros de nuestra parte, y derrámanse por todo el reino, aunque no sin grandísima dificultad y peligro de la vida; y para esto tenemos imprenta é impresores secretos, y lugar escondido debajo de tierra, el cual se muda muy á menudo, y mozos nobles, que con gran cautela reparten los libros. Y es cosa maravillosa lo que se edifican y animan con ellos los católicos, y los herejes se ofenden porque no saben ni pueden responder á ellos. Nunca acabarían si quisiese contar particularmente el celo y fervor de los católicos. Cuando algun sacerdote viene á ellos, le saludan al principio y le reciben como á hombre extraño y no conocido, después le meten en casa y le llevan á algun aposento apartado, donde hay un oratorio. Allí luego se postran todos, é hincados de rodillas, le piden la bendición con grande humildad, y quieren saber del cuánto tiempo ha de estar con ellos, porque ellos querrian que fuese muy largo. Y si les dice que luego el día siguiente (porque, por el gran peligro que hay de caer en las manos de la justicia, no se pueden detener), todos se aparejan para confesarse la misma tarde, y la mañana siguiente, oída la misa, se comulgan, y tras ella se sigue alguna plática y sermón del padre, para enseñarlos y alentarlos, el cual les da otra vez su bendición, y se parte, acompañado, ordinariamente, de algunos mozos nobles por el camino. Tienen los católicos en sus casas (como solían en la primitiva Iglesia) muchos retretes y escondrijos para esconderse y salvarse cuando vienen á buscarlos los ministros de la justicia; y si vienen de rebato y á deshora, dan al arma, huyen á las espesuras de los bosques y á los riscos ásperos, y se meten en las cuevas, y á las veces en las hoyas, estanques y lagunas. Estamos algunas veces sentados á la mesa, tratando familiarmente y con alegría y consuelo de alguna cosa de nuestra santa fe y de devoción (que

»éstas son nuestras ordinarias pláticas y entretenimientos), y si oímos llamar á la puerta de la casa con alguna más priesa y ruido, luego nos azoramos todos, pensando que es la justicia, y á guisa de venado que oye los ladridos de los perros y las voces de los cazadores, estamos atentos con el ánimo y con las orejas. Dejamos la comida, encomendámonos á Dios, y no hay quien boquee ni se menee ni chiste hasta que el criado diga lo que hay. Si no hay peligro, deseneogémonos y volvemos á nuestra familiar conversacion, que, con el vano miedo que tuvimos, suele ser aún más alegre y regocijada que ántes. No hay católico ninguno en estas partes que se queje que la misa sea prolija; ántes no agrada á muchos la que no dura una hora casi entera. Si se dicen en un mismo lugar y día seis y ocho misas (lo cual algunas veces acontece, por concurrir muchos sacerdotes juntos), de muy buena gana los católicos las oyen todas. Por maravilla hay pleitos y diferencias entre ellos, porque todas las dejan en manos de los padres y sacerdotes, y ellos los componen como les parece. No se quieren casar con herejes, ni tratar ni orar con ellos. Estando una señora presa por la fe, y ofreciéndole libertad con tal que entrase una sola vez en alguna iglesia de los herejes, nunca quiso, diciendo que con limpia conciencia había entrado en la cárcel, y con limpia quería salir della ó morir. Obra es ésta de la diestra del muy Alto; porque en tiempo del rey Enrique todo este reino (en el cual había en aquel tiempo obispos, perlados, religiosos y hombres de gran estofa y doctrina) dejó la fe y la obediencia del romano Pontífice, y obedeció á la voz del tirano. Y ahora, por la misericordia del Señor, persiguiendo la hija de Enrique con más crueldad la Iglesia, no faltan niños y niñas, hombres y mujeres, que, llevados á los tribunales y presos y cargados de hierro, confiesan animosamente la verdad, despreciando sus penas, tormentos y muertes. Vióse estos días más claramente lo que obra el Espíritu de Dios en esta parte; porque, habiéndose publicado ciertos edictos y leyes rigurosísimas contra los que recusaban hallarse en las ceremonias é impíos ritos de los herejes (que por esta causa llaman ellos *recusantes*), luego salieron más de cincuenta mil personas de las más principales del reino y más aprobadas y de mejor nombre y reputación, y se ofrecieron á pasar por las penas estatuidas en las mismas leyes; lo cual causó grande espanto y rabia en los ministros de Satanás, y ellos se determinaron ejecutarla contra los sacerdotes y maestros de la verdad, de quienes entendían que nacía esta fortaleza y espíritu en los demás. Todo esto dice en su carta aquel sacerdote.

CAPÍTULO XXXI.

Las leyes rigurosas que hizo la Reina contra los padres de la Compañía de Jesús y los otros sacerdotes católicos.

Para estorbar el fruto que estos padres hacían, y atajar los daños que, á su parecer, recibía la secta

de su falsa religion, á los quince de Julio del año de mil quinientos ochenta, mandó publicar la Reina un edicto muy severo y riguroso contra los jesuitas y sacerdotes y colegiales de los seminarios, declarándolos por traidores y revolvedores de su reino. En él manda:

«1.º Que todos los padres, tutores y personas á quien toca el cuidado y sustento de los hijos y pupilos, pasados diez dias de la publicacion del edicto, parezcan delante del Obispo, y le den los nombres de los hijos, pupilos y personas que están á su cargo fuera del reino, y procuren que vuelvan á él dentro de cuatro meses; y que en volviendo, den noticia al mismo Obispo, y que si no volvieran dentro deste tiempo, los padres y personas que dellos tienen cargo no puedan por ninguna via enviarles para su sustento dellos cosa alguna, ni encubrir á los que se la enviaren.

»2.º Item, que ningun mercader ni otra persona, pasado este tiempo, pueda enviar, por via de cambio ó de otra cualquier manera, cosa alguna para socorro y sustento de los que así quedaren fuera del reino.

»3.º Asimismo, que ninguno reciba, acoja, sustente, favorezca ó dé alguna ayuda á ningun jesuita, seminarista ó sacerdote que hubiere entrado en el reino, ó para adelante entráre, y que si en el tiempo de la publicacion deste edicto tuviere alguno en su casa, ó supiere adónde está, sea obligado á manifestarle y presentarle á la justicia, para que sea preso y castigado; y que el que no lo hiciere sea tenido por fautor, receptor y consorte de los tales jesuitas y hombres revoltosos y enemigos de la patria y de su majestad.»

Y esto todo se manda so gravísimas y cruelísimas penas. Para responder á estos edictos, y á las falsas calumnias que á los siervos de Dios se oponian, el cardenal Guillelmo Alano (á imitacion de san Justino mártir y de san Atanasio y de otros santos doctores) escribió una doctísima y muy grave apología, en la cual, con grande modestia y cordura, declara el intento del sumo Pontífice en la institucion de los seminarios, y el fin y santos propósitos que los padres de la Compañía de Jesus y los otros sacerdotes tienen en ir á Inglaterra, y trabajar en ella sólo para ganar almas y traerlas al verdadero conocimiento de Dios. Y trató este argumento con tan vivas razones, que los herejes no han podido responder á ellas, y los sacerdotes quedaron más animados para llevar adelante su empresa; y los católicos, que los recibian en sus casas con la misma voluntad y fervor de hacerlo siempre así, sin embargo de las amenazas y terribles penas que en el edicto se proponen. Mas no paró aquí el furor de la Reina, porque, viendo que los templos y conventiculos de los herejes se iban en muchas partes desamparando, hizo otras leyes severas y graves. En ellas manda que cualquiera persona, hombre ó mujer, que llegáre á diez y seis años, sea obligada á ir á las iglesias protestantes, á rezar y oír sermon, so pena de veinte libras inglesas cada mes, que son

casi setenta ducados. Y con esta ley despojaron á infinitos católicos; y declara que es crimen de lesa majestad el aconsejar ó inducir á cualquiera persona que se aparte de la religion que ahora hay en Inglaterra. Demas desto, dobla la pena que en el primer parlamento habia puesto á los que oyesen misa.

Las cuales penas sufrieron los católicos. Y para ejecutar con mayor violencia estos sangrientos decretos, enviaron á las casas de los católicos, nobles y caballeros, acechadores y malsines, y tras ellos los ministros de la justicia, para prender á los sacerdotes que hallasen y á los huéspedes que los hubiesen recibido, y los despojasen de sus haciendas, y con exquisitas penas los atormentasen, despedazasen y acabasen. Y á hombres facinerosos y perdidos les prometieron perdon de sus delitos y maldades, y grandes premios y mercedes, si como buenos perros de muestra descubrieran la caza, y manifestaban y prendian á los sacerdotes y jesuitas. Con esto se hincheron las cárceles (donde solian estar los ladrones) de gran número de católicos y siervos de Dios, de todos estados, y fueron tantos, que por no caber en las que ántes habia, se fabricaron otras de nuevo, y se enviaron á otras partes algunos de los presos que habia en ellas. Entre ellos el obispo Lincolnense y el abad de Vumester, viejos venerables, que estaban presos, fueron traspasados á otra cárcel pestilente, y entregados á un hereje puritano, hombre bárbaro, que los trataba con extraña crueldad é impiedad, quitándoles los libros para que no pudiesen estudiar, afrentándolos y ultrajándolos, publicando mil maldades de ellos, y llevando á su aposento secretamente, y sin que ellos lo supiesen, mujercillas infames, para hacer más creible su mentira y calumnia artificiosa. Y así, estos santos padres, dentro de pocos dias, con gran paciencia y fortaleza, dieron sus almas á Dios.

CAPÍTULO XXXII.

De la vida, prision y martirio del padre Edmundo Campiano, de la Compañía de Jesus.

Entre los que prendieron, fueron muchos de los sacerdotes que, como dijimos, andaban por el reino confirmando á los católicos, y esforzando á los flacos, y alumbrando á los ciegos, y reconciliando con la Iglesia católica á los que se convertian; á los cuales todos affigieron con ásperas prisiones y todo género de molestias y penas, y con muertes atroces consumieron y acabaron. Quiero yo aquí decir algo de lo mucho que está escrito en algunos libros que andan impresos de sus ilustres martirios. Pero, porque el principal y como caudillo y capitán de todos los que en estos postreros años de la reina Isabel han muerto en Inglaterra y derramado su santa sangre por la fe de Jesucristo ha sido el padre Edmundo Campiano, de la Compañía de Jesus, trataré en este capítulo algo más difusamente de su vida y martirio, y en el siguiente tocarémos algo de los demas.

El padre Campiano nació en Lóndres, ciudad y

cabeza del reino de Inglaterra. Pasados los primeros años de su niñez, estuvo en el colegio de San Juan Bautista, en Oxonia, y por su singular ingenio y agradable condicion fué muy amado del fundador de aquel colegio, que se llamaba Tomas Bukito, en cuyas honras hizo una elegante y elocuente oracion en latin. Habiendo pasado por los ejercicios de letras y grados y oficios que en aquella universidad se suelen dar á los estudiantes de su calidad, aunque nunca le agradaron los errores de nuestros tiempos, todavía sus amigos y conocidos, que deseaban verle acrecentado y honrado, le persuadieron que se ordenase de diácono, porque luégo le darian púlpito y predicaria; y le dieron tan grande batería sobre ello, que se dejó venerar y ordenar de diácono segun el nuevo uso de la tierra, no entendiendo bien cuánto estos grados cismáticos sean odiosos y desagradables á Dios nuestro Señor; el cual, queriendo servirse deste mozo, y hacerle valeroso soldado y defensor de su Iglesia, poco despues le llevó con cierta ocasion á Hivernia (1), donde escribió la historia de aquella isla con grande elocuencia. De allí pasó á Flándes, y entró en el seminario de Duay, y en él estudió la sagrada teología y se graduó, y fué desengañado é instruido en la doctrina católica y en las verdades de nuestra santa religion. Y como tenia ya más juicio y conocimiento, y más devocion y celo, entendió mejor el error grave en que habia caído por haber recibido aquel grado de diácono cismático. Y tuvo tan grande remordimiento de conciencia, y congojóse de manera, que nunca pudo sosegar ni tener paz su alma, hasta que entró en religion, para hacer penitencia de aquel pecado, y librarse de aquel horrible y penoso escrúpulo, que como clavo traia atravesado en su corazon. Para esto se fué á Roma y entró en la Compañía de Jesus, y de allí fué enviado á Bohemia, donde estuvo ocho años, y se ordenó de sacerdote en Praga, enseñando, escribiendo y trabajando continuamente por la Iglesia de Dios, con muy grande gracia y talento. Por esto, entre los dos primeros que el general de la Compañía de Jesus nombró para enviar á Inglaterra, fué uno el padre Campiano. Pasando de camino por Rems, preguntó al doctor Alano qué le parecia de aquella su ida á Inglaterra, y el fruto que dello se podia esperar, y él le respondió que fuese de buen ánimo, porque en su patria podia hacer más provecho que no en Bohemia, pues la cosecha era más copiosa, y el premio de cogerla y encerrarla sería mayor, y que por ventura alcanzaria en Inglaterra la corona del martirio, la cual en Bohemia no podria tan fácilmente alcanzar. Llegó á Inglaterra el año de mil quinientos ochenta, día del glorioso san Juan Bautista, que era su protector y abogado, y comenzó luégo á ejercitar sus ministerios y á predicar cada dia secretamente, y algun dia dós y tres sermones, á los cuales venia gran número de oyentes, y por

(1) Irlanda.

su medio se convirtieron muchos de los más sabios y honrados hombres del reino, y un grandísimo número de estudiantes y mozos nobles, y otras personas de todas suertes y estados. Luégo que llegó á Lóndres, desafió á los ministros de los herejes y se ofreció á disputar con ellos, y escribió un libro, en que, con mucha erudicion, espíritu y elocuencia, propone las razones que tenia para morir y vivir en la fe católica; á las cuales como los herejes no supiesen responder, fué tan grande el enojo y la rabia que tomaron contra él, que procuraron por todas las vias posibles que le prendiesen, y que se procediese contra él como contra traidor y revolvedor del reino, para que con esta color y velo se cubriese su inorancia y tontería; porque, siendo el padre Campiano entre mil hijos de la Iglesia uno dellos, y no el principal, ni la cabeza de los de la Compañía de Jesus que habia en Inglaterra, era tan temido de los herejes y tan estimado de los católicos, que le llamaban el capitán y la mano derecha del Papa. Sabiendo que andaban por prenderle, y que, segun las muchas y extraordinarias diligencias que usaban para cogerle, no podia escapar, si Dios milagrosamente no le libraba, escribió á los del Consejo de la Reina los capítulos siguientes, en que les declaraba las causas de su ida á aquel reino, y sus intentos, y dicen así:

«1.º Yo confieso que, aunque indigno, soy clérigo de la Iglesia católica, y que, por la misericordia de Dios, há ya ocho años que hice voto y tomé hábito de religion en la santa Compañía de Jesus, y entré en una nueva milicia, debajo de la bandera de la obediencia, dando de mano á todo interese y honra, y haciendo divorcio con cualquier vanidad ó felicidad humana.

»2.º Por mandado de nuestro general, al cual tengo en lugar de Cristo, estando en Praga, que es la metrópoli y cabeza del reino de Bohemia, fui á Roma, y de Roma vine á Inglaterra, como fuera á cualquiera parte del mundo con mucha alegría, si me lo mandára.

»3.º Mi oficio es predicar el Evangelio, suministrar los sacramentos, enseñar á los simples, desengañar á los engañados, dar al arma contra los vicios y errores, en los cuales veo que muchos de mis naturales y desta mi cara patria están atolados y como ahogados.

»4.º Jamas tuve intencion, ni puedo en ninguna manera (porque tengo estrecha prohibicion de los padres nuestros que me enviaron) tratar de cosas concernientes al estado ó gobierno del reino, porque son ajenas de mi vocacion, y así, yo de buena gana huigo dellas y aparto mis pensamientos.

»5.º A honra de Dios nuestro Señor pido y suplico humildemente á vuestras señorías me manden dar audiencia pacífica y quieta en una de tres maneras: la primera, delante de vuestras señorías solas; la segunda, delante de los doctores y letrados de las universidades; porque yo me profiero de dar razon de mí y de confirmar la fe de nuestra santa

Iglesia católica, por argumentos invencibles de la sagrada Escritura, padres y doctores santísimos, historias, razones naturales y morales; la tercera, delante los letrados, juristas y canonistas, porque yo haré lo mismo en presencia dellos, y probaré mi fe con las leyes, estatutos y premáticas deste reino, que todavía están en su observancia, fuerza y vigor.

»6.º No querría decir cosa que pueda parecer presuntuosa ó arrogante, especialmente haciendo yo profesion de ponerme debajo de los piés de todos, y siendo, como soy y deseo ser, muerto al mundo; pero con todo eso, siento en mí un ánimo tan grande de servir y ensalzar la majestad de mi rey, Jesus, y tal confianza en su divino favor, y tal seguridad en esta empresa que tengo entre manos, que oso afirmar que no habrá protestante ninguno, ni ministro de alguna secta, que se atreva y pueda sustentar y defender su fe y creencia con argumentos y disputa, si venimos á las manos, como yo deseo.

»7.º Y por esto les ruego y pido encarecidamente que se armen y salgan en campo, ó todos ó cada uno dellos, ó las cabezas y capitanes dellos, porque yo solo me opondré á todos, confiado en la gracia del Señor y en su verdad; y desde ahora les aviso que cuanto más apercebidos vinieren, más me holgaré y serán de mí mejor recibidos.

»8.º Y porque sé que la Reina tiene muchas gracias naturales, y que Dios la ha ornado de grande juicio é ingenio, si su majestad fuese servida de hallarse presente á la disputa, ó de oír algunos sermones míos, confiaría en la divina bondad que por ventura, por el celo que tiene de la verdad y amor á sus pueblos, se inclinaria á deshacer algunas leyes rigurosas y dañosas á su reino, y á tratar con más blandura y clemencia á los que, sin culpa nuestra, dellas estamos oprimidos.

»9.º Y aún no dudo sino que vosotros, señores que sois del real Consejo de su majestad, y varones de tanta prudencia y experiencia en negocios de grande importancia, cuando hubiéredes oído estas controversias de religion fielmente declaradas, las cuales nuestros adversarios enseñan con tanta oscuridad y confusion, entenderéis cuán ciertos, cuán hondos, cuán seguros y firmes son los fundamentos sobre los cuales nuestra fe católica está edificada; y al revés, cuán flacos y caedizos son los de la parte contraria, por más que, por la malignidad del tiempo, parece que prevalece contra nosotros; y confío que, finalmente, mirando la obligacion de nuestro oficio y la salud eterna de vuestras ánimas, favoreceréis á los que por ella desean derramar la sangre. Muchos ingleses católicos y siervos de Dios tienen levantadas las manos al cielo, y ruegan á Dios continuamente por el bien de su patria. Innumerables estudiantes se aparejan y se arman con sólida doctrina y costumbres inculpables para esta empresa, con propósito de no dejarla hasta alcanzar vitoria ó dejar la vida en los tormentos. Todos los de la Compañía de Jesus somos un ánima y un corazón, y estamos determinados de morir en esta conquis-

ta, y no desampararla mientras que quedare uno de nosotros vivo; y tenemos ánimo y esfuerzo (por sola gracia del que nos la da) para llevar alegremete cualquiera cruz, por pesada que sea, que cargáredes sobre nuestros hombros, y padecer cárceles, prisiones, tormentos y muertes por la salvacion de vuestras ánimas. La cuenta está hecha, la empresa está comenzada, la causa es de Dios, á quien nadie puede resistir. Con sangre se sembró la fe de Jesucristo, y con sangre se ha de restituir.

»Si no tuviéredes por bien aceptar benignamente lo que aquí os digo y ofrezco, y quisiéredes pagar con rigor mis trabajos, y la voluntad y ansia con que he andado tantas leguas y venido á esta tierra por vos, no tengo más que decir, sino encomendar este negocio mio y vuestro á Dios, que es escudriñador de los corazones y justo juez, y da á cada uno el galardón conforme á sus obras. A este Señor suplicaré que nos dé luz, y con su gracia componga y concierte nuestros corazones ántes que venga el día de la paga, para que, en fin, seamos amigos en el cielo, adonde no hay discordia ni enemistad, y todas las ofensas é injurias son perdonadas. En el mes de Octubre del presente año de mil y quinientos y ochenta.»

Esto es lo que entónces escribió el padre Campiano, y dello se puede sacar su sabiduría, valor y espíritu en el negocio que trataba. Pero fué nuestro Señor servido, que finalmente fué preso por traicion de un hombre malvado, llamado Jorge Elioto, el cual habia sido ántes criado de Tomas Ropero, y despues de la mujer de Gulielmo de Pedro, que fué secretario del Rey, y muerto su marido, habia quedado viuda; y en las casas destos habia vivido como católico entre católicos. Mas habiendo despues muerto á un hombre, y temiendo la pena de su delito, para escaparse della, entendiendo la ansia que tenían los ministros de la Reina de prender y haber en sus manos al padre Campiano, se fué á uno dellos, y le ofreció que si le favorecía, él le descubriría y se le daría en sus manos, y así lo hizo. Y púdolo hacer; porque, como tenía nombre de católico, no se recelaban dél; y el mismo día que le prendieron, que fué á los diez y siete de Julio de mil quinientos ochenta y un años, oyó la misa del mismo padre Campiano y el sermón, que fué sobre aquellas palabras del Señor, que dijo, hablando con Hierusalem: *Hierusalem, Hierusalem, que matas á los profetas y apedreas á los que á tí son enviados.* Preso pues Campiano, hallándose en manos de sus enemigos, se hubo con ellos con tan notable modestia, mansedumbre, paciencia y humildad cristiana en todas sus palabras y obras, que todos los buenos quedaron en gran manera edificados dél, y sus adversarios maravillados. Llévaronle á Lóndres, con otros sacerdotes y caballeros católicos, atadas las piernas y brazos, y por mayor escarnio, aguardaron el día de mercado, para que en su entrada hubiese más concurso y tropel de gente, y pusieron en la copa del sombrero que llevaba un letrado escrito de letras grandes con

estas palabras: *Este es Campiano, jesuita sedicioso.* Para imitar en esto, como en lo demas, á los tiranos gentiles, pues del glorioso mártir Atalo leemos que le llevaron al rededor del anfiteatro con una letra delante de los pechos, que decia: *Este es Atalo, cristiano* (1). Pasando por la Platería delante una cruz, con grande humildad se inclinó y hizo una gran reverencia y como pudo hizo la señal de la cruz en el pecho, lo cual dió admiracion á todo el pueblo. Fué atormentado en el potro ó caballete tres veces cruelísimamente y de manera, que él entendió que á puros tormentos le querian matar, y estando en el tormento, con gran mansedumbre invocaba el favor de nuestro Señor y el santo nombre de Jesus y de Maria. Estando colgado en el aire, y estirados y descoyuntados sus miembros, y con los brazos y piés atados á las ruedas con que le atormentaban, con grandísima caridad perdonó á sus atormentadores y á los autores de sus penas, y agradeció á uno dellos porque le habia puesto una piedra debajo del espinazo, quebrantado ya y despedazado, para algun alivio y refrigerio. No contentándose los enemigos destos y de otros muchos desmedidos y atroces tormentos con que afligieron y despedazaron su cuerpo, buscaron mil invenciones diabólicas para quitarle el crédito, ladrando los predicadores contra él, y publicando unas veces que ya se habia reducido; otras, que ya habia descubierto á todos los que le conocian y habian hecho bien; otras, que se habia muerto él mismo en la cárcel, y otros disparates semejantes á éstos. Solian otras veces los herejes disputar primero con los católicos que tenían presos, y procurar de ablandarlos con palabras, ó á lo ménos dar á entender al pueblo que se habian ablandado, y condescendiendo en alguna cosa con ellos; y cuando esto no podian alcanzar, venian á los tormentos, y con ellos los despedazaban, vengándose con las penas de los que con palabras y disputas no habian podido vencer. Con el padre Campiano lo hicieron al revés; porque ántes que le atormentasen no pensaron poderle convencer; mas despues, viéndole descoyuntado y casi muerto, y que apenas podia echar la palabra de la boca, y que estaba solo y sin libros, creyendo que con el dolor del cuerpo estaria tambien oprimido su espíritu, ofuscado el entendimiento y turbada la memoria, acometiéronle con la esperanza de la victoria. Vinieron pues los más doctos y más estimados ministros herejes á la cárcel para disputar con él y tomar ocasion de calumniarle; mas quedaron tan corridos y afrentados de las respuestas que á ellos, siendo muchos y apercebidos, un solo hombre, tan maltratado y casi muerto, de repente les daba, que fué menester que los jueces le mandasen callar, amenazándole, si no lo hacia, con mayores tormentos. Cuatro días duró la disputa, desde las ocho de la mañana hasta las once, y desde las dos hasta las cinco de la tarde. Pusieronle una ley rigurosa, que no pu-

(1) Eusebio, lib. 7, cap. 1.

diese él preguntar nada, ni argüir contra los otros, sino solamente responder á lo que se le preguntase. Hallóse presente á la disputa gran número de herejes y de católicos disimulados. Fué increíble la modestia, blandura, paciencia y mansedumbre que nuestro Señor dió al padre Campiano en aquel tiempo para sufrir las voces, afrentas, injurias y contumelias con que los ministros herejes le trataban; y fué de manera, que muchos de los mismos oyentes herejes se admiraron y edificaron. Pero no fué ménos maravillosa la sabiduría y eficacia de que le armó el Señor, cuya causa él defendía, para concluir y hacer callar á todos sus adversarios (como se ha dicho), los cuales quedaron tan confusos y perdidos, que se determinaron de no disputar más de allí adelante con ningun jesuita. Viendo pues que no habian bastado tantos y tan ásperos y crueles tormentos como le habian dado, ni las disputas, para vencerle, quisieron ablandarle con halagos y promesas, como si ellas y todo lo que hay en el reino de Inglaterra y en el universo, de riqueza, honra, gloria y estado, fuera digna recompensa de la menor de sus virtudes y de aquella bienaventurada ánima, que estaba adornada con singulares gracias de Dios, y habia sido comprada con la preciosa sangre de Cristo nuestro redentor. Dióse la sentencia contra él y contra los otros susodichos compañeros, á los veinte de Noviembre del mismo año de ochenta y uno. Y el primero de Diciembre sacaron al padre Campiano solo, tendido en un zarzo, y á Rodolfo Eshervino y Alejandro Brianto juntos en otro; los cuales le estaban aguardando, y le abrazaron amorosamente, y le dijeron algunas palabras de grande ternura y caridad. Cuando le sacaron delante del pueblo, dijo con voz alta: *Hermanos, Dios os guarde, Dios os bendiga á todos y os haga católicos.* Cuando le llevaron al suplicio arrastrando á cola de caballo, algunos herejes le molestaban y persuadian á grandes gritos que se redujese; otros, que eran católicos, se llegaban, y secretamente, como podian, le consolaban y le pedian consejo, y le alimpiaban y quitaban el lodo que le caía por encima. Llegado al lugar del martirio, adonde se halló casi toda la ciudad de Lóndres, levantado en el carro, y habiendo respirado un poco y tomado nuevo aliento, y sosegado el pueblo, con un aspecto grave y voz blanda y ánimo esforzado habló desta manera: *Spectaculum facti sumus Deo, angelis et hominibus.* Estas son palabras de san Pablo, que en vulgar quieren decir: *Somos hechos un espectáculo á Dios, á los angeles y á los hombres; las cuales se verifican hoy en mí, que, como veis, soy espectáculo á mi Señor y á los angeles y á vosotros, hombres;* y queriendo pasar adelante, le interumpieron y no le dejaron hablar, diciendo que confesase sus traiciones. Y como él se mostrase con vivas razones inocente, aparejándose para beber el último trago del cáliz de Jesucristo, se puso en una sosegada y profunda oracion. Estando en ella, le inquietó un ministro hereje, avisándole que dijese juntamente con él: *Señor, habed misericordia de*

mi; al cual volviéndose Campiano con rostro manso y humilde, le dijo: *Vos y yo no somos de una misma religion, y así os ruego que os soseguéis. Yo no quito á nadie su oracion; mas deseo que los católicos solos hagan oracion conmigo, y que en este trance digan por mí una vez el credo; dando á entender que moria por la fe católica, que en el credo se contiene. Tiraron el carro y quedó colgado, y medio vivo, cortaron la sogá, y caído en tierra, le abrieron y cortaron las partes naturales de su cuerpo, y le sacaron las entrañas y arrancaron el corazon, y le hicieron cuartos, los cuales cocidos pusieron en la puente y en los otros lugares más públicos de la ciudad. Con esto el santo padre Campiano corrió felicisimamente su carrera, y dió su espíritu suavísimamente al Señor, protestando siempre que moria perfecto y verdadero católico. Movié tanto al pueblo la muerte del padre Campiano, y su mesura, gravedad é inocencia, que muchos se enternecieron y derramaron lágrimas, y fué menester que para sosegar los ánimos alterados imprimiesen los herejes libros, y en ellos excusasen su tiranía y diesen satisfacion al pueblo. Desta manera tan gloriosa y graciosa acabó este varon de Dios, y venció en Cristo todas las miserias deste mortal y frágil cuerpo, gozando ahora la triunfal corona de su dichosa confesion y martirio, que él consumó, por singular providencia del Señor, delante de toda la ciudad de Lóndres, adonde él habia nacido, para que sus ciudadanos, que no merecieron gozar de los trabajos y de la vida de un su natural y tan señalado varon, á lo ménos ahora sean convertidos de sus errores, y alumbrados con el resplandor de la verdad, por medio de las oraciones afectuosas que continuamente él representa delante del acatamiento de la soberana Majestad, y por merecimiento de aquella purísima sangre que por ellos y delante dellos, en testimonio de la misma verdad, él derramó.*

CAPÍTULO XXXIII.

De los otros mártires y católicos afligidos.

Habiendo el padre Campiano triunfado gloriosamente del mundo, carne, demonio y herejía, y recibido la corona de gloria (como se ha dicho), Rodolfo Schervino, sacerdote virtuoso, letrado y prudente, que habia sido colegial del seminario de Roma, subió en el carro, para seguir por los mismos pasos á Campiano. Era Rodolfo hombre tan mortificado y debilitado con los ayunos, vigiliás, penitencias y otros espirituales ejercicios, que ponía admiracion á todos los que le trataban y conocian ántes que le encarcelasen. Y en la misma cárcel se hubo de tal manera, y trató su cuerpo con tal aspereza y rigor, que la guarda que le tenía á cargo quedó asombrado, y con ser hereje, le llamo varon de Dios, y decia públicamente que era el mejor y más devoto sacerdote que habia visto en su vida. Estuvo preso secretamente un año, y en este tiempo disputó muchas veces con los ministros herejes, así en secreto como en público, delante de muchos

caballeros y personas de cuenta, con grande admiracion de los circunstantes y confusion de los arguyentes. Fué tan grande el gozo y alegría que recibió su ánima cuando se vió preso y encadenado, y con unos grillos tan pesados, que no se podía menear, y cuando oía el sonido de la cadena, que no podía tener la risa, que con grande ímpetu le salía de la boca, ni las copiosas lágrimas que como dos fuentes despedian sus ojos, de puro placer, y decia que nunca en su vida habia oido música tan concertada, ni armonía tan suave, como lo era para sus oídos aquella música que le hacia el ruido de los grillos y cadena que traía. Pocos días ántes que le martirizasen, escribió á ciertos amigos suyos una carta, en que, entre otras razones, dice:

«Por cierto que yo esperaba ántes de ahora haber dejado este cuerpo mortal, y besado las preciosas y gloriosas llagas de mi dulce Salvador, que está sentado en el trono de gloria, á la diestra del Padre. Y este mi deseo, ó por mejor decir, de Dios, pues es suyo, por habérmelo dado, como yo creo, ha sosegado y regalado mi ánima de tal manera, que la sentencia de muerte, despues que se pronunció contra nosotros, no me ha mucho atemorizado, ni dádomé pena la brevedad de la vida. Verdad es que mis pecados son grandes, mas yo me vuelvo á la misericordia del Señor; mis culpas son infinitas, mas yo apelo á la clemencia de mi Redentor; no tengo confianza sino en su sangre; su pasion amarga es dulce consuelo para mí; en sus manos preciosas nos tiene escritos, como dice el Profeta (1). ¡Oh, si se dignase escribirse él á sí en nuestros corazones, con cuánta alegría pareceríamos delante del tribunal de la gloria del Padre eterno, cuya soberana é infinita majestad, cuando la contemplo, tiembla y queda pasmada mi frágil carne, porque no puede cosa tan flaca sufrir la presencia y majestad de su Criador!»

Y en otra carta que escribe á un tío suyo, el día ántes de su muerte, le dice:

«La inocencia es la armadura y arnes impenetrable de que yo estoy armado contra las calumnias infinitas que contra mí y mis compañeros se han dicho; y cuando el soberano y justo Juez quitará de la cara de los hombres esta falsa máscara de traiciones que se nos opone, entónces se verá quién son los que tienen corazon limpio y sincero, y quién inquieto y sedicioso.»

Despues que acabó Rodolfo su carrera felizmente, le siguió Alejandro Brianto, que era más mozo y habia estado en el seminario de Rems; sacerdote devoto, docto y de suavísima gracia en el predicar, y de maravilloso celo, paciencia, constancia y humildad. El tiempo que estuvo en la cárcel le affigieron con la hambre de manera, que faltó muy poco que allí no acabase la vida, porque mandaron que no le diesen cosa de comer ni de beber, y estuvo así muchos días, hasta que nuestro Señor le

(1) Isaias, 49.

proveyó de unos mendrugos de pan y un poquito de queso duro, y con esto, y con un poco de cerveza y algunas gotas de agua que cogia en el sombrero, de las canales del tejado, cuando llovía, se sustentó, y no pereció de hambre y sed. Entre los otros tormentos que le dieron (que fueron muchos y extraños), le metieron agujas entre las uñas y la carne, y cuando se las hincaban, se estuvo el Santo con una paciencia increíble, sin menearse ni moverse, rezando con ánimo constante y alegre el *Miserere mei*, y suplicando á nuestro Señor perdonase á los que así le atormentaban. Y uno de los jueces, llamado Hamono, viéndolo, se turbó, y como atónito y fuera de sí, comenzó á dar voces y á decir: «¿Qué es esto? ¿Qué cosa tan extraña es la que vemos? Si el hombre no estuviese bien fundado y firme en la religion, la grande constancia y firmeza deste hombre sería bastante para pervertirle.» En el caballete le estiraron y descoyuntaron con tan extraordinaria crueldad, que casi le despedazaron y desmembraron, porque no queria declarar adónde estaba Personio, y la imprenta para imprimir los libros. Despues, estando como sin sentido y sin poder menear mano ni pié, ni parte alguna de su cuerpo, le dejaron tendido en el suelo quince días, sin cama ni otro refrigerio, con grandes penas y dolores. Cuando le llevaron á oír la sentencia de su condenacion, buscó forma para hacer una crucecita de madera, y la llevó descubierta, y se hizo abrir la corona, para que los herejes entendiesen que se preciaba de las órdenes sagradas y de su religion. Finalmente, padeció tan horribles tormentos, y con tan admirable constancia y alegría, que parecia uno de aquellos valerosos é invencibles mártires de los tiempos de Neron, Decio ó Diocleciano, los cuales humanamente él no pudiera sufrir sino con particular y extraordinario socorro del cielo. Y él mismo confesó que por un voto que hizo de entrar en la Compañía de Jesus, y otros espirituales ejercicios, le consoló el Señor en todas estas penas maravillosamente, y lo escribió á los mismos padres de la Compañía que estaban en Inglaterra, rogándoles que lo recibiesen en ella, en una carta que dice así:

ALEJANDRO BRIANTO, PRESO POR CRISTO, Á LOS PADRES DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, SALUD EN EL SEÑOR.

«Cuando con diligencia me pongo á pensar, muy reverendos padres, la solicitud maravillosa con que Dios nuestro Señor busca el bien de sus criaturas y la salud eterna de nuestras almas, y el ánsia grande con que desea poseer nuestro corazon por amor y tenerle por morada suya, quedo, por una parte, espantado y atónito, y por otra avergonzado y confuso de ver la villanía de los hombres, que nunca acabamos de servirle de varas, y hacer de nosotros y de todas nuestras cosas verdadero sacrificio y holocausto perfecto á su divina Majestad, movidos con tantas misericordias y beneficios como de su liberal y dadivosa mano habemos recibido, y atraídos y convida-

P. R.

dos con la esperanza del premio que nos promete, y atemorizados tambien con el temblor de sus amenazas y con el espanto de su riguroso y justo juicio; porque, dejando aparte los beneficios inmensos que nos ha hecho, el habernos criado de nada, y conservarnos en el sér que nos dió, habernos redimido tan á costa suya, habernos llamado y justificado despues de perdidos, y el habernos prometido la gloria que esperamos, ¿qué diré, que no contento con esto, nos está convidando y atrayendo á que, dejada la vanidad, le sigamos, diciendo con palabras llenas de amor y ternura: «Venid á mí todos los que trabajais y estais cargados, que yo os recrearé, y á los que me aman, amo, y el que por la mañana madrugare á buscarme, sin duda me hallará, y dichoso el varon que me oye y vela á mis puertas cada día, y aguarda á los umbrales dellas; porque el que me hallare, hallará la vida y recibirá salud del Señor?» Y El mismo, que nos manda le busquemos, nos enseña dónde le hayamos de buscar para hallarle, diciendo: «Donde quiera que dos ó tres se juntaren en mi nombre, en medio dellos estoy.» Allí sin duda podemos entender se halla Cristo, donde muchos, unidos con el vinculo de la caridad, se juntan, con solo este blanco y fin de servir al Señor y honrarle, guardar sus santos preceptos y consejos, y acrecentar y extender cuanto fuere en sí su glorioso nombre y reino. Y el que á estas voces del Señor (dejada la vanidad y mentira que el mundo enseña) diere los oídos á su alma, este tal aprenderá la verdad y no andará en las tinieblas y sombra del error; mas con seguridad caminará á las fuentes claras del agua de la vida. En tales congregaciones y juntas, dedicadas de veras al servicio divino, se halla el camino derecho que nos lleva á la vida eterna, no ya inculto y cubierto de espinas y abrojos, sino muy trillado y allanado con las pisadas y ejemplos de los santos que por él caminaron; ni tampoco adornado y enramado con las flores y frescuras de los regalos y deleites de la carne, que tan brevemente se marchitan y se deshacen como un humo, sino rodeado y pertrechado con leyes, estatutos y reglas santísimas, y con avisos y consejos saludables, para que los pequeñuelos y que ménos saben no yerren ó se pierdan en él, echando por los despeñaderos del vicio y del pecado. Aquí se halla todo dispuesto con admirable órden y concierto, en número, peso y medida, como en lugar adonde verdaderamente reina la Sabiduría divina, cuyas obras siempre son ordenadas. Aquí florece y campea la disciplina religiosa, aquí se muestra el provecho de la correccion y aviso fraternal, aquí se ejercita el suave castigo de las pasiones y afectos desordenados, y aquí, finalmente, se halla una ferviente y santa emulacion, con que unos á otros se ayudan, invocan y incitan á la fraterna caridad. Pues por estas y otras cosas semejantes, que el Señor anteriormente me representaba, y muy á menudo en mi entendimiento revolvia, despues de la larga deli-

18